

Bertolt Brecht

Vida de Galileo

Madre Coraje y sus hijos

(Teatro completo, 7)

Traducción de Miguel Sáenz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Leben des Galilei-Mutter Courage und ihre Kinder* (Gesammelte Werke, Bände 1-3 Stücke)

Primera edición: 1995
Tercera edición: 2012
Sexta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag 1988
- © Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag 1989. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlín
- © de la traducción: Miguel Sáenz
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0964-5
Depósito legal: M. 33.830-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Vida de Galileo
152 Observaciones sobre *Vida de Galileo*
- 153 Madre Coraje y sus hijos
263 Observaciones sobre *Madre Coraje y sus hijos*
270 Acerca de *Madre Coraje y sus hijos*

Vida de Galileo

Drama

Colaboradora: M. Steffin

PERSONAJES

Galileo Galilei. Andrea Sarti. La Señora Sarti, ama de llaves de Galileo, madre de Andrea. Ludovico Marsili, joven rico. El secretario de la Universidad de Padua, señor Priuli. Sagredo, amigo de Galileo. Virginia, hija de Galileo. Federzoni, pulidor de lentes, colaborador de Galileo. El Dogo. Consejeros. Cosme de Médicis, Gran Duque de Florencia. El chambelán. El teólogo. El filósofo. El matemático. La vieja dama de honor. La joven dama de honor. Un lacayo del Gran Duque. Dos monjas. Dos soldados. La vieja. Un prelado gordo. Dos sabios. Dos monjes. Dos astrónomos. Un monje muy flaco. El viejísimo cardenal. El padre Christopher Clavius, astrónomo. El pequeño monje. El Cardenal Inquisidor. El cardenal Barberini, luego papa Urbano VIII. El cardenal Bellarmino. Dos secretarios eclesiásticos. Dos damas jóvenes. Filippo Mucius, sabio. El señor Gaffone, rector de la Universidad de Pisa. El cantor de baladas. Su mujer. Vanni, fundidor de hierro. Un funcionario. Un alto funcionario. Un individuo. Un monje. Un campesino. Un guardia de fronteras. Un escribiente. Hombres, mujeres, niños.

1

GALILEO GALILEI, PROFESOR DE MATEMÁTICAS
EN PADUA, QUIERE DEMOSTRAR LA VALIDEZ DEL
NUEVO SISTEMA UNIVERSAL DE COPÉRNICO

En el año mil seiscientos nueve
en Padua, en la humilde casita
La luz de la ciencia nos deslumbraba.
Galileo Galilei calculaba
que el Sol no se mueve y que la
Tierra gravita.

El pobre gabinete de estudio de Galileo en Padua. Es de mañana. Un muchacho, Andrea, hijo del ama, trae un vaso de leche y un panecillo.

GALILEO, *lavándose el torso con alegres resoplidos*: Pon la leche en la mesa, pero no cierres ningún libro.

ANDREA. Mi madre dice que tenemos que pagar al lechero. Si no, pronto empezará a dar vueltas alrededor de nuestra casa, señor Galilei.

GALILEO. Di mejor que describirá un círculo, Andrea.

ANDREA. Lo que usted diga. Si no le pagamos, describirá un círculo alrededor de nosotros, señor Galilei.

GALILEO. Mientras que el alguacil del juzgado, el señor Cambione, vendrá hacia nosotros derecho, ¿y qué línea elegirá entre dos puntos?

ANDREA, *haciendo una mueca*: La más corta.

GALILEO. Bien. Tengo algo que enseñarte. Mira detrás de las tablas astronómicas.

Andrea saca de detrás de las tablas astronómicas un gran modelo de madera del sistema de Ptolomeo.

ANDREA. ¿Qué es esto?

GALILEO. Un astrolabio; ese trasto muestra cómo, en opinión de los antiguos, los astros se mueven en torno a la Tierra.

ANDREA. ¿Cómo?

GALILEO. Vamos a investigarlo. Primero lo primero: descripción.

ANDREA. En el centro hay una piedrecita.

GALILEO. Es la Tierra.

ANDREA. Alrededor de ella, unos encima de otros, hay anillos.

GALILEO. ¿Cuántos?

ANDREA. Ocho.

GALILEO. Son las esferas de cristal.

ANDREA. En los anillos hay bolas sujetas...

GALILEO. Los astros.

ANDREA. Y ahí hay cintas con palabras pintadas.

GALILEO. ¿Qué palabras?

ANDREA. Nombres de estrellas.

GALILEO. ¿Como por ejemplo?

ANDREA. La bola de más abajo es la Luna, lo pone. Y encima está el Sol.

GALILEO. Y ahora haz que el Sol se mueva.

ANDREA *mueve los anillos*: Es bonito. Pero estamos tan encerrados...

GALILEO, *secándose*: Sí, eso es lo que sentí también cuando vi ese trasto por primera vez. A algunos nos pasa así. *Tira a Andrea la toalla para que le frote la espalda*. ¡Muros, anillos e inmovilidad! Durante dos mil años la Humanidad creyó que el Sol y todos los astros del cielo daban vueltas a su alrededor. El Papa, los cardenales, los príncipes, los sabios, capitanes, mercaderes, pescaderas y escolares creían estar inmóviles en esa esfera de cristal. Pero ahora nosotros salimos, Andrea, para hacer un gran viaje. Porque los viejos tiempos han pasado y ahora es una nueva época. Desde hace cien años es como si la Humanidad esperase algo.

Las ciudades son pequeñas, y también lo son las cabezas. Superstición y peste. Pero ahora se dice: que sean así las cosas no quiere decir que tengan que seguir siéndolo. Porque todo se mueve, amigo.

Me gusta pensar que todo comenzó con los barcos. Desde tiempos inmemoriales, el hombre sólo se había

arrastrado a lo largo de las costas, pero de pronto las dejó y se puso a recorrer los mares.

En nuestro viejo continente ha surgido un rumor: hay otros continentes. Y, desde que nuestros barcos se dirigen a ellos, se dice por todas partes, en los continentes que ríen, que ese mar grande y temido es un charquito. Y se siente un gran deseo de investigar las causas de todas las cosas: por qué cae la piedra que se suelta y cómo sube cuando se la lanza al aire. Todos los días se descubre algo. Hasta las personas centenarias hacen que los jóvenes les griten al oído lo que se acaba de descubrir.

Se han descubierto ya muchas cosas, pero quedan más aún por descubrir. Y así volverán a tener que hacer las nuevas generaciones.

En Siena, de joven, vi cómo algunos trabajadores de la construcción sustituían una forma milenaria de mover los bloques de granito por una colocación nueva y más racional de las sogas, tras discutir cinco minutos. Allí y entonces lo supe: la época antigua había acabado y comenzaba una nueva. Pronto sabrá la Humanidad qué ocurre con su vivienda, con el cuerpo celeste en que habita. Lo que dicen los libros antiguos no le basta.

Porque donde durante mil años reinó la fe, precisamente allí reina la duda. Todo el mundo dice: sí, eso está en los libros, pero vamos a verlo por nosotros mismos. A las verdades más celebradas se les dan palmaditas en la espalda; aquello de lo que nunca se dudó hoy se pone en duda.

Así se ha producido una corriente de aire que levanta hasta las vestiduras bordadas de oro de los príncipes y

prelados, de forma que se les ven por debajo las piernas, gordas o flacas, unas piernas como nuestras piernas. Los cielos, según se ha visto, están vacíos. Y han estallado alegres carcajadas.

Pero el agua de la Tierra mueve las nuevas ruedas, y en los astilleros, en los talleres de sogas y velas, quinientas manos se mueven al mismo tiempo en un nuevo orden. Yo predigo que, antes de que hayamos muerto, se hablará de astronomía en los mercados. Hasta los hijos de las pescaderas irán a la escuela. Porque a los hombres de nuestras ciudades, ansiosos de novedades, les gustará que una nueva astronomía empiece a moverse sobre la Tierra. Siempre se ha dicho que los astros estaban fijos en una bóveda de cristal para que no pudieran caerse. Ahora hemos cobrado ánimos y los hemos dejado flotar libremente, sin apoyo, y ellos han emprendido un gran viaje, como nuestros barcos.

Y la Tierra gira alegremente alrededor del Sol, y las pescaderas, mercaderes, príncipes y cardenales, y hasta el Papa, giran con ella.

El Universo, sin embargo, ha perdido en una noche su centro, y a la mañana siguiente tenía innumerables centros. De forma que ahora todos y ninguno parecen ese centro, porque de pronto hay mucho sitio.

Nuestros barcos viajan muy lejos, nuestros astros dan amplias vueltas por el espacio y hasta en el ajedrez las torres van recientemente mucho más allá en todos los campos.

¿Cómo dice el poeta? «Oh alba temprana...»

ANDREA

«¡Oh alba temprana del comienzo!»

¡Soplo de viento que
de nuevas costas llega!»

Y usted tiene que tomarse su leche, porque pronto
vendrá otra vez gente.

GALILEO. ¿Has comprendido entretanto lo que te dije
ayer?

ANDREA. ¿Qué? ¿Lo de Kippérniko y sus vueltas?

GALILEO. Sí.

ANDREA. No. ¿Por qué quiere que lo comprenda yo? Es
muy difícil, y en octubre sólo cumpliré los once.

GALILEO. Precisamente por eso quiero que lo compren-
das. Para que se comprenda trabajo yo y me compro
esos libros tan caros en lugar de pagar al lechero.

ANDREA. Pero yo veo que el Sol, a la tarde, está en un lu-
gar distinto del de la mañana. ¡Por eso no es posible
que esté inmóvil! ¡Nunca jamás!

GALILEO. ¡Tú ves! ¿Qué ves? No ves nada. Sólo abres mu-
cho los ojos. Abrir mucho los ojos no es ver. *Coloca en
medio de la habitación el soporte de hierro de la palangana.*
Esto es el Sol. Siéntate. *Andrea se sienta en la silla. Gali-
leo se queda de pie detrás.* ¿Dónde está el Sol, a tu derecha
o a tu izquierda?

ANDREA. A mi izquierda.

GALILEO. ¿Y cómo puede llegar a la derecha?

ANDREA. Si usted lo lleva, naturalmente.

GALILEO. ¿Sólo de ese modo? *Lo levanta con la silla y le
da media vuelta.* ¿Dónde está ahora el Sol?

ANDREA. A mi derecha.

GALILEO. ¿Y se ha movido?

ANDREA. No.

GALILEO. ¿Quién se ha movido?

ANDREA. Yo.

GALILEO *ruge*: ¡Falso! ¡Estúpido! ¡La silla!

ANDREA. ¡Y yo con ella!

GALILEO. Naturalmente. La silla es la Tierra. Y tú estás sobre ella.

SEÑORA SARTI, *que ha entrado para hacer la cama*: ¿Qué le está haciendo a mi hijo, señor Galilei?

GALILEO. Le estoy enseñando a ver, Señora Sarti.

SEÑORA SARTI. ¿Llevándolo de un lado a otro por el cuarto?

ANDREA. Déjalo, madre. Tú no lo entiendes.

SEÑORA SARTI. ¿Ah no? ¿Y tú sí, verdad? Hay un joven caballero que desea tomar lecciones. Muy bien vestido y con una carta de recomendación. *Se la da*. Al final conseguirá usted que mi Andrea diga que dos y dos son cinco. Ya confunde todo lo que usted le dice. Ayer noche me demostró que la Tierra da vueltas alrededor del Sol. Está firmemente convencido de que un señor llamado Kippérnico lo ha calculado así.

ANDREA. ¿No lo ha calculado Kippérniko, señor Galilei? ¡Dígaselo usted!

SEÑORA SARTI. ¿Cómo? ¿Realmente le cuenta semejantes disparates? Para que los suelte en la escuela y los señores eclesiásticos vengan a verme porque no dice más que cosas poco santas. Debería avergonzarse, señor Galilei.

GALILEO, *desayunando*: Sobre la base de nuestras investigaciones, Señora Sarti, Andrea y yo, después de violentas discusiones, hemos hecho descubrimientos que no podemos seguir ocultando al mundo. Se ha iniciado una nueva era, una época grandiosa en la que vivir será un placer.

SEÑORA SARTI. Pues qué bien. Ojalá podamos pagar al lechero en esa nueva época, señor Galilei. *Señalando la carta de recomendación:* Hágame el favor al menos de no despedirlo otra vez. Piense en la cuenta del lechero. *Sale.*

GALILEO, *riéndose:* ¡Déjeme tomarme al menos la leche!... *A Andrea:* ¡Así que algo comprendimos ayer!

ANDREA. Sólo se lo dije a ella para que se asombrara. Pero no es verdad. Usted sólo ha movido la silla, y a mí con ella, sobre sí misma y hacia un lado, y no así. *Hace un movimiento con el brazo hacia adelante.* Si no, me hubiera caído, eso es evidente. ¿Por qué no ha girado la silla hacia adelante? Porque entonces se hubiera visto que yo también me caería de la Tierra si ella girase así. Ya ve.

GALILEO. Pero yo te he demostrado...

ANDREA. Y yo he descubierto esta noche que, si la Tierra girase así, por la noche, yo colgaría cabeza abajo, y eso es un hecho.

GALILEO, *cogiendo una manzana de la mesa:* Bueno, esto es la Tierra.

ANDREA. No utilice esos ejemplos, señor Galilei. Así gana siempre.

GALILEO, *volviendo a dejar la manzana:* Está bien.

ANDREA. Con ejemplos se puede ganar siempre si se es listo. Pero yo no puedo arrastrar a mi madre en una silla como usted hace conmigo. Por eso es un mal ejemplo. ¿Y qué pasaría si la manzana fuera la Tierra? No pasaría absolutamente nada.

GALILEO, *riéndose:* Lo que pasa es que tú no lo quieres saber.

ANDREA. Cójala otra vez. ¿Por qué no colgaría de noche cabeza abajo?

GALILEO. Así que esto es la Tierra y aquí estás tú. *Clava en la manzana una astilla.* Y ahora la Tierra gira.

ANDREA. Y ahora yo vuelvo a estar con la cabeza hacia abajo.

GALILEO. ¿Por qué? ¡Fíjate bien! ¿Dónde está tu cabeza?

ANDREA, *señalando en la manzana:* Ahí. Abajo.

GALILEO. ¿Qué? *Vuelve a hacer girar la manzana.* ¿Acaso no está en el mismo lugar? ¿No siguen estando los pies abajo? ¿Estarías tú de pie si te hiciera girar así? *Saca la astilla y la hace girar.*

ANDREA. No. ¿Y por qué no me doy cuenta de que gira?

GALILEO. ¡Porque giras con ella! Tú y el aire que hay sobre ti y todo lo que hay sobre la esfera.

ANDREA. ¿Y por qué parece como si el Sol se moviera?

GALILEO *vuelve a hacer girar la manzana con la astilla:* Bueno, debajo de ti ves la Tierra, que permanece igual, siempre está debajo y, para ti, no se mueve. Pero ahora mira hacia arriba. Ahora tienes la lámpara sobre la cabeza, pero ¿qué tienes sobre tu cabeza, es decir, arriba, si te hago girar?

ANDREA *sigue el giro:* La estufa.

GALILEO. ¿Y dónde está la lámpara?

ANDREA. Abajo.

GALILEO. ¡Ajá!

ANDREA. Eso está muy bien, la va a dejar asombrada.

Entra Ludovico Marsili, hombre rico.

GALILEO. Esta casa parece un palomar.

LUDOVICO. Buenos días, señor. Me llamo Ludovico Marsili.

GALILEO, *estudiando su carta de recomendación*: ¿Viene usted de Holanda?

LUDOVICO. En donde he oído hablar mucho de usted, señor Galilei.

GALILEO. ¿Tiene su familia tierras en la Campania?

LUDOVICO. Mi madre quería que viera un poco qué pasaba en el mundo y todo eso.

GALILEO. ¿Y en Holanda oyó decir, por ejemplo, que en Italia pasaba que estaba yo?

LUDOVICO. Y como mi madre deseaba que viera un poco lo que pasaba en las ciencias...

GALILEO. Lecciones privadas: diez escudos al mes.

LUDOVICO. Muy bien, señor.

GALILEO. ¿Qué le interesa?

LUDOVICO. Los caballos.

GALILEO. Ajá.

LUDOVICO. Yo no tengo cabeza para las ciencias, señor Galilei.

GALILEO. Ajá. En ese caso, serán quince escudos.

LUDOVICO. Muy bien, señor Galilei.

GALILEO. Tendré que darle clase muy temprano. El perjudicado serás tú, Andrea. Naturalmente, tendré que prescindir de ti. Lo comprendes, ¿no? Tú no pagas nada.

ANDREA. Ya me voy. ¿Puedo llevarme la manzana?

GALILEO. Sí.

Sale Andrea.

LUDOVICO. Tendrá que tener paciencia conmigo. Sobre todo, porque en las ciencias todo es siempre distinto de lo que dice el sentido común. Ahí tiene, por ejemplo, ese extraño tubo que venden en Ámsterdam. Lo he estudiado detenidamente. Un estuche de cuero verde y dos lentes, una así *–dibuja con un gesto una lente cóncava–* y otra así *–dibuja una lente convexa–*. Dicen que una aumenta y otra disminuye, y toda persona razonable pensaría que se neutralizaban. Falso. Con ese chisme se ven las cosas cinco veces más grandes. Ésa es su ciencia.

GALILEO. ¿Qué es lo que se ve cinco veces más grande?

LUDOVICO. Las torres de las iglesias, las palomas; todo lo que está lejos.

GALILEO. ¿Ha visto usted mismo esas torres de iglesias agrandadas?

LUDOVICO. Sí señor.

GALILEO. ¿Y dice que el tubo tenía dos lentes? *Hace un dibujo en un trozo de papel.* ¿Tenía este aspecto? *Ludovico asiente.* ¿Cuándo se inventó eso?

LUDOVICO. Creo que sólo unos días antes de salir yo de Holanda, por lo menos no llevaba más tiempo en el mercado.

GALILEO, *casi amistoso*: ¿Y por qué tiene que ser la física? ¿Por qué no la cría de caballos?

Entra la Señora Sarti sin que Galileo se dé cuenta.

LUDOVICO. Mi madre opina que un poco de ciencia es necesaria. Todo el mundo bebe hoy su vino con ciencia, ¿no?

GALILEO. Igual podría elegir una lengua muerta o la teología. Es más fácil. *Ve a la Señora Sarti*. Está bien, venga usted el martes por la mañana.

Sale Ludovico.

No me mire así. Lo he aceptado.

SEÑORA SARTI. Porque me ha visto en el momento oportuno. El secretario de la universidad está ahí afuera.

GALILEO. Hágalo entrar, que es persona importante. Eso quizá signifique 500 escudos. Entonces no necesitaría alumnos particulares.

La Señora Sarti hace entrar al secretario. Galileo termina de vestirse mientras garrapatea cifras en un pedazo de papel.

Buenos días, présteme medio escudo. *Da a la Señora Sarti la moneda que el secretario saca de una bolsita*. Señora Sarti, mande a Andrea al óptico a buscar dos lentes; aquí están las medidas.

La Señora Sarti sale con el papel.

EL SECRETARIO. Vengo para tratar de su solicitud de que se le suba el sueldo a 1.000 escudos. Por desgracia, no puedo apoyarla en la universidad. Usted sabe que los cursos de matemáticas no traen alumnos a la universidad. Por decirlo así, las matemáticas son un arte poco lucrativa. Y no porque la República no las estime sobremanera. No son tan necesarias como la filosofía ni tan

útiles como la teología, pero ¡dan a quien las conoce tan infinitas satisfacciones!

GALILEO, *inclinado sobre sus papeles*: Mi querido secretario, no puedo arreglármelas con 500 escudos.

EL SECRETARIO. Pero, señor Galilei, usted da clase dos veces, dos horas por semana. Su extraordinaria reputación debe de proporcionarle todos los alumnos que quiera, que pueden pagar clases particulares. ¿No tiene alumnos particulares?

GALILEO. Señor, ¡tengo demasiados! No hago más que enseñar y ¿cuándo voy a aprender yo? Hombre de Dios, yo no soy tan sabelotodo como los señores de la Facultad de Filosofía. Soy tonto. No entiendo nada de nada. Por eso me veo obligado a rellenar las lagunas de mis conocimientos. ¿Y cuándo voy a hacerlo? ¿Cuándo voy a investigar? ¡Mi ciencia tiene sed de saber! Sobre los mayores problemas no tenemos hoy más que hipótesis. Pero nos exigimos pruebas. ¿Y cómo puedo avanzar si, para poder vivir, tengo que meter en la cabeza a todo imbécil que pueda pagarlo eso de que dos líneas paralelas se cortan en el infinito?

EL SECRETARIO. No olvide que la República quizá no pague tanto como algunos príncipes, pero en cambio garantiza la libertad de investigación. ¡En Padua tenemos incluso protestantes como oyentes! ¡Y les otorgamos el título de doctor! Al señor Cremonini no sólo no lo entregamos a la Inquisición, cuando se nos probó, se nos probó, señor Galilei, que hacía manifestaciones antirreligiosas, sino que incluso le concedimos un aumento de sueldo. Hasta en Holanda se sabe que Venecia es la República en donde la Inquisición no dice esta

boca es mía. Y eso tiene su valor para usted, que es astrónomo, es decir, se dedica a una especialidad en la que, desde hace bastante tiempo, ¡no se respeta debidamente la doctrina de la Iglesia!

GALILEO. Al señor Giordano Bruno lo entregaron a Roma. Porque divulgaba la teoría de Copérnico.

EL SECRETARIO. No porque divulgara la teoría de Copérnico, que por lo demás es falsa, sino porque no era veneciano y no tenía sitio aquí. Así que puede prescindir ahora del quemado. Dicho sea de paso, a pesar de toda la libertad, es aconsejable no gritar a los cuatro vientos un nombre sobre el que ha recaído el anatema expreso de la Iglesia, tampoco aquí, eso es, ni siquiera aquí.

GALILEO. Vuestra protección de la libertad de pensamiento es un buen negocio, ¿no? Al recordar que en otras partes reina y quema la Inquisición, obtenéis profesores buenos y baratos. Os resarcís de la protección que ofrecéis contra la Inquisición pagando los sueldos más bajos.

EL SECRETARIO. ¡Es injusto! ¡Injusto! ¿De qué le serviría tener todo el tiempo que quisiera para investigar si cualquier monje ignorante de la Inquisición pudiera, simplemente, prohibir sus ideas? ¡No hay rosa sin espinas, ni príncipes sin monjes, señor Galilei!

GALILEO. ¿Y de qué sirve la libertad de investigación si no hay tiempo para investigar? ¿Qué pasa con los resultados? ¡Quizá podría mostrar a los señores de la Signoria más investigaciones sobre las leyes de la gravitación —*señala un legajo de manuscritos*— y preguntarles si no valen unos escudos más!

EL SECRETARIO. Valen infinitamente más, señor Galilei.

GALILEO. No infinitamente más, sino 500 escudos más, señor.

EL SECRETARIO. Sólo vale escudos lo que produce escudos. Si quiere ganar dinero, tendrá que presentar otras cosas. Sólo puede pedir, por la ciencia que vende, lo mismo que se recibirá de quien la compra. Por ejemplo, la filosofía que el señor Colombe vende en Florencia reporta al Príncipe por lo menos diez mil escudos anuales. Sus leyes de la gravitación, señor Galilei, han causado, indudablemente, mucho revuelo. Se las aplaude en París y en Praga. Pero los señores que allí aplauden no pagan a la Universidad de Padua lo que usted le cuesta. Su desgracia es la especialidad que ha elegido, señor Galilei.

GALILEO. Comprendo: comercio libre, investigación libre. Y comercio libre con la investigación, ¿no?

EL SECRETARIO. ¡Pero señor Galilei! ¡Qué forma de ver las cosas! Permítame decirle que no comprendo del todo sus chistosas observaciones. El floreciente comercio de la República no me parece despreciable. Pero mucho menos me permitiría, como antiguo secretario de la Universidad, hablar de la investigación en ese tono, si se me permite decirlo, frívolo. *Mientras, Galileo dirige miradas nostálgicas a su mesa de trabajo:* ¡Piense en cómo son las cosas a nuestro alrededor! ¡En la esclavitud bajo cuyo látigo suspiran las ciencias en otros lugares! ¡Allí se han hecho látigos de antiguos infolios de cuero! Allí no hay que saber cómo cae una piedra, sino qué escribió Aristóteles al respecto. Los ojos sólo sirven para leer. ¿Para qué nuevas leyes sobre la caída de los cuerpos si sólo importan las leyes sobre